



JOSEP PLA Y MIGUEL DELIBES

EL ESCRITOR Y SU TERRITORIO

Xavier Pla
Francisco Fuster
(eds.)





Este libro forma parte del Proyecto I+D “El mundo de ayer: la figura del escritor-periodista ante la crisis del nuevo humanismo” (FFI2015-67751-P), financiado por el Ministerio de Economía y Competitividad.

© De los textos, sus autores, 2018

© De esta edición, Xavier Pla y Francisco Fuster (eds.)

EDITOR: Ramiro Domínguez Hernanz

© Imagen de cubierta: Josep Pla y Miguel Delibes en el Mas Pla de Llofriu (Girona) (Girona), en 1969. (Fundación Miguel Delibes. AMD,123,201)

C/ San Gregorio, 8 2 2ª
www.silexediciones.com



ISBN: 978-84-7737-688-0
Depósito Legal: M-27692-2018
Colección: Sílex Universidad

Dirección editorial: Cristina Pineda i Torra
Coordinación editorial: Marina Sanmartín Pla

Impreso y encuadernado en España por: Ulzama Gráficas (Printed in Spain)

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra (www.conlicencia.com; 91 702 19 70 / 93 372 04 97)





CONTENIDO

DOS GRANDES TIPOS; DOS <i>HOMENOTS</i>	II
<i>Xavier Pla y Francisco Fuster</i>	

LA HUELLA DE JOSEP PLA Y MIGUEL DELIBES

JOSEP PLA Y MIGUEL DELIBES: DEL ADJETIVO AL SUSTANTIVO	17
<i>Pere Gimferrer</i>	
UN LEOPARDI DEL AMPURDÁN SENSUAL	27
<i>Valentí Puig</i>	
LA VIDA DE LOS ÁNGELES	33
<i>Gustavo Martín Garzo</i>	
JOSEP PLA SEGÚN MIGUEL DELIBES:	
A PROPÓSITO DE UNAS CARTAS INÉDITAS	39
<i>Laureano Bonet</i>	

LITERATURA Y PAISAJE

LOS EPISTOLARIOS DE JOSEP PLA Y MIGUEL DELIBES	
CON SU EDITOR, JOSEP VERGÉS	63
<i>Manuel Llanas</i>	
DEL “MANOJO DE ESPÁRRAGOS” A LA “PIÑA	
DE RASCACIELOS” DE NUEVA YORK: LAS MÁSCARAS VIAJERAS	
DE JOSEP PLA Y MIGUEL DELIBES	73
<i>Blanca Ripoll Sintes</i>	
POÉTICA DE LO COTIDIANO	
EN <i>la calle estrecha</i> DE JOSEP PLA	
Y <i>el camino</i> DE MIGUEL DELIBES	91
<i>Francesc Montero</i>	



CAZADORES Y PESCADORES: SOBRE UNA TIPOLOGÍA DE ESCRITORES EN JOSEP PLA Y MIGUEL DELIBES	109
<i>Xavier Pla</i>	

HISTORIA Y MEMORIA

LA SOMBRA DE DON PÍO ES ALARGADA: ECOS DE BAROJA EN JOSEP PLA Y MIGUEL DELIBES	137
<i>Francisco Fuster</i>	

LAS REDES DEL DESTINO: UNA BIOGRAFÍA DE LADISLAO KUBALA ENTRE PLA Y DELIBES.....	153
<i>Jordi Amat</i>	

MEMORIA DE LOS LUGARES /LUGARES DE LA MEMORIA: SOBRE LA NARRATIVA RURAL DE MIGUEL DELIBES	163
<i>José Ramón González</i>	

DOS DIETARIOS: <i>el quadern gris</i> (1966) Y <i>un año de mi vida</i> (1972) ...	173
<i>Justo Serna</i>	

ANEXO DOCUMENTAL

ANEXO DOCUMENTAL.....	187
ESTE ASUNTO DE LA ACADEMIA Y LOS JUEGOS FLORALES	187
JOSÉ PLA Y LA ACADEMIA	192
CORRESPONDENCIA	195
ÁLBUM DE FOTOS	214
ÍNDICE DE NOMBRES, TÍTULOS Y LUGARES	223
AUTORES	237





LA SOMBRA DE DON PÍO ES ALARGADA: ECOS
DE BAROJA EN JOSEP PLA Y MIGUEL DELIBES

Francisco Fuster
Universitat de València

De todos los miembros de la generación del 98, Pío Baroja (San Sebastián, 1872 – Madrid, 1956) es, probablemente, quien más influencia ha ejercido sobre los escritores españoles del siglo xx. Y cuando pienso en este influjo barojiano no me refiero únicamente a cuestiones de índole estrictamente literaria, sino, también, a los ecos que la manera de ser y de pensar del novelista vasco han tenido en la personalidad de quienes han visto en él un modelo de heterodoxia en el que fijarse. El inconfundible estilo de Baroja, criticado por su supuesta falta de adecuación a la gramática y por su aparente descuido, ha sido ensalzado, sin embargo, por quienes lo han considerado un ejemplo de escritura ágil y sencilla, especialmente apta para una posmodernidad en la que todo ha tendido a lo breve y a lo fragmentario. Por otro lado, su individualismo a ultranza y su forma de actuar al margen de las modas, fundada en ese “fondo insobornable” que le atribuyó Ortega y Gasset, han convertido lo que en su momento fue censurado como un defecto, en la que quizá sea la mayor de sus virtudes: haber vivido siempre como un hombre libre e independiente, a contrapelo de todo y de todos. Entre quienes más claramente han reconocido este ascendiente barojiano figuran dos escritores pertenecientes a las dos generaciones inmediatamente posteriores a la de nuestro protagonista: el gerundense Josep Pla i Casadevall (Palafrugell, 1897 – Llofriu, 1981), y el vallisoletano Miguel Delibes Setién (Valladolid, 1920 – 2010). Un catalán y un castellanoleonés que no solo coincidieron en su admiración por la





FRANCISCO FÚSTER

obra del escritor donostiarra, sino que, además, compartieron con él una serie de rasgos que, por su cantidad, justifican el análisis conjunto que aquí me propongo.

En el caso de Josep Pla, fueron muchas las ocasiones en que él mismo quiso dejar constancia de que, en el ámbito de la literatura española, Baroja era, quizá junto con Antonio Machado, su escritor preferido. En este sentido, y frente a quienes pretendían distanciarse de su herencia por considerarle un personaje de otra época, miembro de una generación ya superada, Pla fue un barojiano rendido que no solo no negó, sino que admitió con orgullo formar parte de un grupo de autores en los que la impronta barojiana era, sencillamente, innegable: “No conozco, pues, ni trato a Baroja, pero le admiro y tengo por él un agradecimiento verdadero. Los que estamos ahora pasando el decenio comprendido entre los cuarenta y los cincuenta años, hemos leído de adolescentes y de jóvenes a Baroja con una avidez y una intensidad que pueden hoy apenas comprenderse. Ha influido sobre todos nosotros como ningún escritor moderno influyó, y a mi entender esta influencia no ha sido jamás nociva, sobre todo en lo que se refiere al estilo” (Pla, 1942: 8). Según Pla, Baroja fue un escritor “inmenso” que, sin embargo, cayó en el error de dedicarse a la novela, sin conocer “ni los trucos, ni las astucias, ni la manera escandalosa que tienen los novelistas de componer sus novelas”. Al desconocer los secretos de la técnica necesaria para dominar este género literario, Baroja escribió novelas que, como tales, fueron experimentos fallidos, y que solo se salvan porque en ellas abundan las descripciones, que es algo en lo que el escritor vasco sí destacaba sobremanera. Si Baroja se hubiese dedicado a explotar su capacidad observadora en vez de a inventar tramas novelescas, pensaba Pla, su obra hubiese sido todavía mejor, porque, a la hora de describir las “cosas vistas”, era un autor de una prosa inigualable: “Baroja, enorme escritor antibarroco, habría podido ser el mayor memorialista de la literatura castellana de todos los tiempos. Cuando sus obras se reducen a lo que son en realidad, a una sucesión de paisajes, de figuras y de ambientes, tienen una calidad sensacional, única, insuperable, magnífica. [...] Baroja habría podido ser el Saint-Simon del mundo





ibérico del siglo xx si en lugar de escribir novelas de corte infantil hubiera escrito unas inacabables –o concentradas– memorias de su vida” (Pla, 2011: 52-53).

Por lo que se refiere a Delibes, es verdad que el reconocimiento de esa deuda no fue tan entusiasta, tal vez porque, a diferencia de Pla, que leyó a Baroja siendo joven y, desde el principio, le consideró un maestro, el castellanoleonés llegó a él de forma más tardía. De hecho, el autor de *El camino* dijo en más de una ocasión que, desde el punto de su formación como escritor, su bagaje era realmente pobre, y que solo empezó a leer de verdad tras publicar su primera novela. Cuando en alguna entrevista le preguntaban por las lecturas o los referentes que más le habían marcado, su respuesta siempre era la misma: “¿Qué influencias admite en su obra literaria? Consciente y definida, ninguna; pero es obvio que todo creador se aproveche de los cimientos de cuantos le han precedido en el tiempo” (Delibes, 1965: 56). En cualquier caso, y pese a presentarse como un escritor, en cierto modo, autodidacta, el propio Delibes se situaba a sí mismo dentro de una generación de novelistas de la posguerra, de la que también formaban parte Ignacio Agustí, Camilo José Cela o Carmen Laforet, que estuvieron más influidos por los clásicos españoles, y cita los nombres concretos de Quevedo, Galdós y Baroja, que por los escritores extranjeros del momento (Alonso de los Ríos, 2010: 101-102).

Aunque ni Pla ni Delibes fueron amigos de Baroja, ambos le conocieron personalmente. En el caso del primero, se vieron tanto en Madrid, donde probablemente coincidieran durante la primera estancia de Pla como corresponsal en la capital, en 1921, como en Barcelona, donde Baroja también estuvo varias veces, visitando ateneos y casinos, y donde pronunció una famosa conferencia –“Divagaciones acerca de Barcelona”– el 25 de marzo de 1910. En el caso de Delibes, el contacto se produjo a raíz de la concesión del Premio Nadal a su novela *La sombra del ciprés es alargada*, en 1947. Por lo visto, el secretario del jurado del premio, el traductor y agente cultural –representante del grupo Destino en Madrid– Rafael Vázquez Zamora, llevó un ejemplar del libro al novelista vasco, que lo leyó y





FRANCISCO FÚSTER

habló muy bien de él en una entrevista concedida al diario *Pueblo*. Tras leer ese elogio en la prensa, en un momento en que la obra estaba recibiendo críticas por parte de quienes consideraban que aquella novela no estaba a la altura del galardón que había recibido, Delibes quiso conocerle en persona para agradecerle el gesto. Con ese objetivo, acudió —acompañado por el propio Vázquez Zamora— en un par de ocasiones a la famosa tertulia que el viejo escritor mantuvo durante los años de la posguerra en su casa madrileña de la calle Ruiz de Alarcón, donde se reunía con amigos y jóvenes aspirantes a escritores, y donde fue recibido, según su propio testimonio, por un Baroja amable y familiar que, enfundado en una bata y con la boina en la cabeza, se mostró muy cariñoso con él (Delibes, 1964: 14).

En este sentido, y pese a la inexistencia de un trato directo y fluido entre ellos, lo cierto es que tanto para Pla, como para Delibes, Baroja fue una especie de espejo en el que mirarse a la hora de entender la compleja relación que se establece entre el escritor profesional y la sociedad de su época. Del análisis de la personalidad y el pensamiento de ambos se desprende que Pla y Delibes heredaron de Baroja una serie de actitudes ante la vida y la literatura que formaban parte del núcleo más íntimo y personal del autor de *La busca*. Lo que pretendo a continuación es analizar qué elementos de esa cosmovisión barojiana fueron —consciente o inconscientemente— absorbidos por Pla y por Delibes e incorporados a sus respectivos credos, con matices o excepciones, pero manteniendo en lo fundamental un conjunto de principios y valores en los que los tres estuvieron de acuerdo.

PARECIDOS QUE NO SON PURA COINCIDENCIA

Lo primero que comparten Baroja, Pla y Delibes es el hecho de que todos llegaron al mundo de la literatura a través del periodismo. Los tres estudiaron una carrera universitaria, pero una carrera sin ninguna relación con la filología (Baroja se doctoró en Medicina, Pla se licenció en Derecho y Delibes terminó estudios de Comercio y Derecho) que cursaron más bien por imposición familiar, con





escasa o nula vocación. Ya antes de terminar sus respectivas carreras, o nada más hacerlo, los tres sintieron la necesidad de escribir y empezaron a colaborar en periódicos regionales en los que publicaron sus primeros artículos y donde siguieron escribiendo durante varios años, compaginando la publicación de libros con esa colaboración en la prensa. Aunque Baroja y Delibes sean conocidos, fundamentalmente, por su faceta como novelistas (no sucede lo mismo con Pla, que fue, básicamente, un periodista, como a él mismo le gustaba definirse), los tres reconocieron la importancia que tuvo en su formación esa primera escuela de la mirada y la observación que fue para ellos el periodismo.

Cuando tomaron la decisión de dedicarse profesionalmente a escribir, los tres asumieron la tarea con compromiso y dedicación, aunque lo hicieron de distinta forma. Tanto Baroja como Pla fueron escritores compulsivos y extremadamente prolíficos, autores de unas “Obras Completas” que ocupan, en ambos casos, alrededor de las treinta mil páginas. Baroja confesó en alguna ocasión que la escritura era para él una auténtica vía de escape que le alejaba de la desagradable realidad y le sumergía en la paz de su mundo propio: “Yo cultivo con cariño este amor intelectual e inactual y esta sordera de lo presente. Escribo como si el mundo viviera en paz. Voy vaciando el espíritu en los eternos moldes, sin esperar nada de ello. En general, escribo novelas” (Baroja, 1999: 336). Por su parte, Pla reconoció en un pasaje de *El quadern gris* que era perfectamente consciente de haber subordinado el resto de facetas de su vida a esa manía obsesiva que fue para él la escritura: “Es objetivamente desagradable no sentir ninguna ilusión —ni la ilusión de las mujeres, ni la del dinero, ni la de llegar a ser alguna cosa en la vida—, nada más sentir esta secreta y diabólica manía de escribir —con tan poco resultado— a la cual sacrifico todo, a la cual, probablemente, sacrificaré todo en la vida” (Pla, 1981: 534). Frente a esta grafomanía barojiana y planiana, Delibes es un autor mucho más comedido que “siente poco empuje natural hacia la literatura como tal” y que “tiene que esforzarse para escribir” (Hickey, 1968: 38).

Si Baroja y Pla tuvieron claro desde un primer momento que querían dedicar su vida a la literatura y el periodismo, la conversión



FRANCISCO FÚSTER

de Delibes en escritor fue algo más tardío y hasta cierto punto, casual, como ha explicado Ramón García Domínguez. Según este biógrafo, el azar y la eventualidad, en forma de la coincidencia de una serie de factores, fueron determinantes en el hecho de que un catedrático de Derecho Mercantil, que es lo que era Delibes en la Escuela de Comercio de Valladolid, acabara siendo escritor: “fueron cuatro las causas que hicieron realidad la vocación literaria del novelista vallisoletano: el curso de Derecho Mercantil de Garrigues, el periódico *El Norte de Castilla*, el Premio Nadal y la esposa Ángeles. De haber faltado cualquiera de ellos, casi seguro que la novelística española contemporánea hubiera perdido uno de sus más prestigiosos nombres” (García Domínguez, 2010: 23). En otras entrevistas, el propio Delibes contó que, antes de ganar el Premio Nadal, jamás había pensado en dedicarse a la literatura y que, ya siendo escritor profesional, el proceso de redacción de sus libros le resultaba un auténtico sufrimiento; de ahí que, en el prólogo escrito en 1964 para la edición de su “Obra Completa” admitiera que doce libros, que eran los que llevaba publicados hasta esa fecha, no eran demasiados.

En lo que sí coincidieron todos es en que, siendo escritores de reconocido prestigio, ninguno de ellos quiso ejercer nunca como tal, en el sentido de que, ni adoptaron la pose del intelectual, ni frecuentaron los ambientes culturales y literarios en los que sí participaron sus compañeros de oficio. Los tres prefirieron una buena tertulia entre amigos o una charla distendida de sobremesa, con gentes heterogéneas y humildes, antes que impartir una conferencia o participar en un acto oficial y protocolario. De forma decidida y consciente, asumieron el papel del escritor solitario y antiacadémico, antítesis del hombre de letras que se siente orgulloso de serlo y presume de ello. De hecho, una de las cosas que Pla y Delibes admiraron de Baroja, y que después ellos mismos heredaron, fue “esa manía permanente de que no le tomaran por un literato en el sentido corriente de la palabra” (Pla, 2011: 57), o esa falta de apego a las convenciones por las que se regía un gremio tan propicio a la farsa y la pose impostada: “¡Qué lejos del sencillo don Pío, del natural y sincero don Pío, ciertas actitudes epatantes de los prohombres de las artes y de





las letras, ciertas voces grandilocuentes y huecas de los prohombres de la política, ciertas vanas frivolidades de los prohombres de la sociedad de nuestra época” (Delibes, 1972: 214).

También tuvieron en común que, a pesar de ser tres escritores viajeros y, en cierto modo, cosmopolitas, pues recorrieron buena parte de la Europa de su época y, salvo en el caso de Baroja, incluso estuvieron en América Latina y los Estados Unidos, tanto Delibes como Pla —y yo añado el nombre de Baroja— fueron escritores muy identificados con su tierra natal y con sus habitantes: “Miguel Delibes es uno de esos escasos escritores «con» territorio. Como lo fue Josep Pla, del Ampurdán. Los escritores «con» territorio se identifican hasta tal punto con ese ámbito que cuando entras en su escritura es como si estuvieras en el paisaje y cuando entras en el paisaje vas recordando la escritura” (Alonso de los Ríos, 1993). Ciertamente, los tres sintieron un cariño especial por el territorio en el que nacieron y se criaron o, como sucede en el caso de Baroja, por el lugar en el que fijaron su residencia sentimental, como hizo el escritor vasco en el pequeño pueblo navarro de Vera de Bidasoa, donde en 1912 adquirió el caserón de Itzea, luego convertido en vivienda estacional del clan barojiano. Como escribió su sobrino Pío Caro Baroja en un emotivo libro dedicado, precisamente, a Itzea, si durante los años de la Guerra Civil los Baroja no se exiliaron fue, justamente, por el estrecho vínculo que tenían con el territorio vascongado, único que la familia sentía como propio, en el contexto de una España en la que la *gens* barojiana jamás se sintió a gusto del todo: “Si hemos seguido viviendo en esta tierra, es porque a ella pertenecemos por nación y por tener sujeta a ella lo poco que hemos labrado. Si no, la misma sensación de extranjería la hubiéramos tenido en cualquier otro país, quizá porque hemos exigido de España algo grande, producto de nuestro querer hacia esa tierra yerma y desolada. [...] Y cuando hablamos de casa, de nuestra casa, nos referimos siempre a Itzea, donde está centrada la familia, y cuando hablamos de nuestra tierra, nos referimos al País Vasco y a Navarra” (P. Caro Baroja, 2002: 210-211).

En el caso de Pla, ese apego por el terruño se manifestó, sobre todo, en su arraigo en el Mas Pla de Llofriu y en su amor por el





FRANCISCO FÚSTER

paisaje y el paisanaje del Ampurdán; como escribió en el prólogo a su libro *El pagès i el seu món*, Pla consideraba que, para amar al país, era condición imprescindible recorrerlo primero: “No hay nada, me parece, que pueda ofrecer más interés para la ciudadanía que saber, de una manera directa, en qué consiste su país. [...] Yo propongo, pues, simplemente, caminar y mirar, y enseguida dialogar. A través del diálogo con la gente se llegaría –si todo el mundo supiera hablar con la gente de los pueblos, cosa que es más bien difícil y exige más gracia que estudiosa pedantería– a ver, a tocar, a presentir muchas formas de nuestra manera de ser más real y auténtica” (Pla, 1975: 16-19).

Por su parte, Delibes quiso pasar toda su vida en Valladolid (nunca se marchó a Madrid) y dedicó una importante cantidad de libros –valgan como ejemplo *Las ratas* (1962) o *Viejas historias de Castilla la Vieja* (1964)– a Castilla y a los habitantes de su medio rural, de los que dijo haber aprendido grandes lecciones: “A mí los campesinos castellanos, con sus virtudes y defectos, me han enseñado mucho, aunque es cierto que yo he preferido mostrar sus virtudes: su propensión a la racionalidad, a la reflexión, al laconismo, a no hablar por hablar, sino pensando lo que dicen; su conocimiento de lo que se traen entre manos, la conformidad con su destino, cosa esta que va desapareciendo en las nuevas generaciones...” (Goñi, 1985: 44). Libros de un realismo duro y sin filtros, en los que, como advirtió Francisco Umbral, Delibes describió “una Castilla humilde y real, nada épica, nada literaria, frente a la Castilla literaturizada que nos había legado el 98” (Umbral, 1970: 61), como confirma el hecho de que, al publicar *Aún es de día* (1949) y *El camino* (1950), enviara un ejemplar de cada título a Baroja y este le respondiera por carta que ambos libros eran “evidentemente muy tristes” (Baroja, 1951), por la imagen tan pobre y cochambrosa de la vida en los pueblos castellanos que en ellos se ofrecía al lector.

Desde la perspectiva de su pensamiento acerca del mundo en el que les tocó vivir y de la sociedad de la cual formaban parte, se podría decir que tanto Baroja, como Pla y Delibes fueron autores antimodernos, en el sentido de que los tres ejercieron una continua





crítica de la modernidad y de sus consecuencias más negativas y alienantes para el individuo. No fueron reaccionarios, pero sí fueron hombres conservadores que denunciaron una y otra vez la cara oculta del capitalismo y de un acelerado progreso industrial y tecnológico que, a su juicio, se hacía a costa de sacrificar valores y formas de vida tradicionales, fagocitadas por esa vorágine de la vida tecnificada que lo arrasaba todo. En un ensayo titulado “Las ideas de ayer y de hoy” (1933), publicado en pleno periodo de auge de las dictaduras fascistas en Europa, Baroja llegó a escribir que, en ese período de entreguerras, el progreso se había convertido en un mito tan extendido, que nadie lo ponía en duda: “Uno de los primeros dogmas de la vida actual es el del progreso. Afirmamos que progresamos en todos los órdenes de la vida material y espiritual. Progresamos automáticamente, es la creencia difundida; casi lo mismo da que nos tumbemos a la bartola como nos pongamos a trabajar febrilmente” (Baroja, 1999: 1260).

También Delibes receló de esta idea de progreso indefinido y cuestionó un modelo de sociedad en el que el bienestar y la felicidad de las personas se medían, únicamente, en términos materiales, y en el que, además, se descuidaba por completo el cuidado de la naturaleza, que es otro tema al que los tres prestaron atención. En su discurso de ingreso en la Real Academia Española, leído el 25 de mayo de 1975 y titulado, precisamente, “El sentido del progreso desde mi obra”, el escritor vallisoletano repasó la presencia de ese credo en su producción literaria y defendió con argumentos que, para él, “el verdadero progresismo no estriba en un desarrollo ilimitado y competitivo, ni en fabricar cada día más cosas, ni en inventar necesidades al hombre, ni en destruir la Naturaleza, ni en sostener a un tercio de la Humanidad en el delirio del despilfarro mientras los otros dos tercios se mueren de hambre, sino en racionalizar la utilización de la técnica, facilitar el acceso de toda la comunidad a lo necesario, revitalizar los valores humanos, hoy en crisis, y establecer las relaciones hombre-naturaleza en un plano de concordia” (Delibes, 1975: 14).

En el caso de Pla, su defensa de la lentitud como forma de disfrutar la vida, frente a un modelo de vida moderna obsesionada con





FRANCISCO FÚSTER

la rapidez y la automatización de todos los procesos, llegó incluso al terreno de la gastronomía, al que dedicó su excelente ensayo *El que hem menjat* (1972). Un ámbito, el de los sabores, en el que era un consumado experto y un defensor a ultranza de una cocina de la nostalgia, basada en la tradición y los productos naturales de cada región, frente a esa otra, moderna y tecnificada, deudora de la industrialización y la mezcla irracional de sabores, que convirtió la llamada “cocina de vanguardia” en uno de los primeros y más reprochables síntomas de la globalización que estaba por venir: “Por todos lados, la cocina ha empeorado. Es incuestionable. En definitiva, todo se ha industrializado. El gusto de las cosas es otro. Las mercancías y los platos más inverosímiles han sido envasados en virtud de procedimientos de la química más o menos recreativa, pero crematística, horripilante. La cocina como arte de lentitud, de paciencia, de moderación, de calma, ha decaído” (Pla, 1972: 10).

Como consecuencia de este talante conservador y antimoderno, los tres fueron también hombres que vivieron a contracorriente, sintiéndose extraños y fuera de lugar, en una época que ya no era la suya. En el caso de Baroja y Pla, la Guerra Civil fue un hecho traumático que les obligó a exiliarse y marcó un punto de inflexión en sus vidas, que ya no volvieron a ser las de antes. Ambos añoraron ese “mundo de ayer” que fue para ellos el de antes de la guerra, y ambos se refugiaron en una vida solitaria, como forma de resistencia frente a una sociedad en la que no encajaban. Como hombre soltero que fue, Baroja siempre explicó que, si no se había casado nunca es porque, ni le gustaba el compromiso, ni se sentía capaz de llevar una vida de matrimonio, llena de convenciones que le hubiesen coartado la libertad y le hubiesen obligado a tener un ritmo de vida concreto, cuando lo que más le gustaba a él era, precisamente, sentirse libre e independiente, sin preocuparse de lo que hacían los demás: “Cuando algunas personas, sobre todo mujeres, me preguntan por qué no me he casado, pienso que no soy un hombre adaptado a la vida corriente. Yo soy un tipo a quien podría llamársele no conformista apacible. Muchas veces, donde la gente trasnocha yo madrugo, y donde la gente madruga





yo trasnocho, no por espíritu de llevar la contraria, sino porque me parece más oportuno” (Baroja, 1997: 615).

En cuanto a Pla, en la que quizá sea una de las más brillantes anotaciones de su diario, correspondiente —en esa cronología interna de *El quadern gris* que, como sabemos, no coincide con la fecha real de elaboración del texto— al 20 de junio de 1919, el periodista gerundense se define como un hombre que no solamente no es “hijo de su época”, sino que es —o al menos intenta ser— un hombre contra el tiempo que le ha tocado vivir, con el que no se siente identificado: “Ningún interés me liga a las fuerzas estáticas del país —ni en la posición que tienen hoy de cosa existente ni en la que tendrán mañana, de simple recuerdo—. Este cuaderno obedece a la necesidad de tomar posición ante mi tiempo. [...] El determinismo ambiental funciona en los escritores que se abandonan a la corriente. Yo navego contra la corrupción de la corriente. Yo no soy un producto de mi tiempo; soy un producto contra mi tiempo” (Pla, 1981: 528-529).

Por último, Delibes fue descrito por Umbral como una especie de resistente; un hombre que, como Baroja o Pla, vivió respetando las costumbres antiguas que le aferraban, de alguna manera, a esa Castilla vieja que él mismo veía morir y desaparecer: “Es el último español que lía sus propios cigarrillos. Esta fidelidad a viejas y pausadas formas de vida, este tomarse con tiempo y con tiento la tarea y el ocio, hacen de él, no solo un escritor diferente, sino un tipo humano diferente que, en el rinoceronterismo de la sociedad de consumo, será el primero o el último en caer, pero no llegará a convertirse nunca, por imperativo de unas estructuras económicas, en el «hombre unidimensional» de Europa y América” (Umbral, 1970: 57).

El símbolo que quizá mejor define esa resistencia a la tendencia uniformizadora de la vida moderna fue el uso de la boina por parte de todos ellos, como un elemento característico de su fisonomía, convertido en una extensión o apéndice de su personalidad. Si Manuel Vázquez Montalbán escribió que la boina de Pla era “una declaración de principios cósmicos” (Vázquez Montalbán, 2001: 9) y Umbral dijo de Delibes que tenía la socarronería de un





FRANCISCO FÚSTER

“paleta intelectual” y que era un “castellano universal” que “lleva una boina castellana por tapadera” (Umbral, 1970: 57), el periodista Corpus Barga señaló, tras visitar la casa familiar y conocer a los miembros del clan, que los Baroja parecían unos cosmopolitas con ese toque de aldeanismo que les daban sus boinas: “La familia Baroja me da cada vez más la impresión de ser una familia aparte, no se la puede clasificar como a las demás de Madrid; no pertenece a la clase media, ni a la alta, ni a la baja. No sigue los usos y costumbres de la sociedad madrileña, parece una familia extranjera (Carmencita podría pasar por irlandesa) o, mejor, cosmopolita –y al mismo tiempo aldeana: las alpargatas, los moños, las boinas” (Barga, 1979: 264-265). Si Salvador Dalí apareció por primera vez en Nueva York con su barretina calzada, en un gesto provocador con el que el artista de Figueres dijo querer convertir lo local en universal, Baroja, Pla y Delibes hicieron de sus respectivas boinas la metonimia perfecta de un carácter que, con el paso del tiempo, pasó de lo dionisiaco de una juventud abierta y cosmopolita, a lo apolíneo de una madurez solitaria y castiza.

(IN)JUSTICIA POÉTICA

Desde que se acercaron a Baroja por primera vez, Pla y Delibes quisieron ver más allá de su imagen prototípica de hombre misántropo y, sin idealizarlo en ningún momento, supieron disculparle sus defectos como algo consustancial al carácter de un hombre que jamás pretendió agradar a todos. En opinión de Pla, cualquier análisis serio de la personalidad barojiana debía ser capaz de distinguir las ideas de Baroja, que era un hombre educado y sensible, poseedor de una vasta cultura europea, de sus exabruptos, que a veces fueron excesivos y que, a menudo, le hicieron aparecer como “un energúmeno delirante y frívolo”. Dejando a un lado su anticlericalismo, que sí fue acérrimo e innegociable, Baroja no fue, según él, “ni un fanático sistemático, ni un esplendoroso fanático indígena peninsular”, y, aunque le parecía un hombre “lleno de prejuicios





caprichosos e inexplicables”, en otras muchas cosas fue “un auténtico liberal, comprensivo y abierto” (Pla, 2011: 57).

Pese a admitir que no le conoció lo suficiente como para poder opinar como si lo hiciese sobre un amigo, Pla consideraba que, bajo esa apariencia ruda, de hombre violento, había un escritor tolerante y una persona noble y de gran dignidad: “Don Pío Baroja, a quien vi muchas veces, en la peña del Ateneu de Barcelona y en otros lugares, me produjo siempre una curiosa impresión: la de un hombre que a pesar de ser escritor —era considerado un gran escritor en los medios más minoritarios del país— tenía el aspecto de un hombre buenísimo. Me parece, además, que lo era y que lo fue” (Pla, 2011: 54). Por eso, y frente a las críticas de un *establishment* literario español que jamás vio en él al gran escritor que era, Pla estaba convencido de que, con el tiempo, la obra de ese incomprendido que fue Baroja iba a alcanzar el lugar de prestigio que en su día se le quiso negar: “La revulsión que produce su visión de España proviene precisamente del hecho de que Baroja ve España con ojos de un hombre europeo normal. Hay personas que aprecian la obra de Baroja y que no ven aún este aspecto con cierta claridad. Ya lo verán más adelante. Mejor dicho: eso se verá, dentro de unos años, absolutamente claro” (Pla, 2011: 56).

En esta misma línea se expresó Delibes en una escueta —pero muy sentida— colaboración en un libro colectivo en el que escribieron varios barojianos, donde el autor de *Cinco horas con Mario* desmintió “su injusta fama de hombre áspero e insociable” y ponderó la sinceridad del escritor vasco como modelo de conducta a rescatar, en un mundo en el que hablar claro era algo cada vez menos habitual: “La crisis de nuestros días viene a caballo de la ambigüedad y el eufemismo. El mundo necesita voces que llamen al pan pan y al vino vino, siquiera a esos seres, como le aconteció al gran Baroja a su paso por la vida, se les tache de amargos e intratables, siendo así que nadie que haya conocido a don Pío habrá dejado de ver en él, por detrás de sus posibles errores, una cordialidad soterrada junto a su creciente e irremediable escepticismo” (Delibes, 1972: 213).





FRANCISCO FÚSTER

Al igual que hizo Pla, Delibes censuró a quienes —en vida y tras la muerte del escritor— criticaron injustamente a Baroja y vaticinó que solo el paso del tiempo iba a ser capaz de restituir su memoria y de dar la medida exacta de una grandeza que, según su punto de vista, fue muy superior a la que los españoles de su época le quisieron reconocer: “Murió don Pío. El huraño don Pío, el ineducado don Pío, el feroz don Pío, el cáustico don Pío, el terrible don Pío, a los ojos de los frívolos, los ostentosos, los arteros [...] Murió don Pío, el antifrívolo don Pío, un hombre grande que pasó por la vida aparentando ser pequeño en una época teatral y temeraria en que son tantos los pequeños, y aún los insignificantes, que pasan por ella esforzándose en parecer grandes” (Delibes, 1972: 214).

BIBLIOGRAFÍA CITADA

Alonso de los Ríos, César, “Pesimismo en verde”, *El País*, 2 de diciembre de 1993.

—, *Soy un hombre de fidelidades: conversaciones con Miguel Delibes*, Madrid, La Esfera de los Libros, 2010.

Barga, Corpus, *Los pasos contados: una vida española a caballo en dos siglos (1887-1957)*, vol. 3, Las delicias (crónica madrileña de hacia 1906), Madrid, Alianza, 1979 [1967].

Baroja, Pío, “Carta de Pío Baroja a Miguel Delibes acusando recibo de sus novelas *El camino* y *Aún es de día*” [21 de febrero de 1951] (Fundación Miguel Delibes. AMD, 5, 10).

—, *Desde la última vuelta del camino*, “Obras Completas”, vol. I, dirigidas por José-Carlos Mainer, Barcelona, Círculo de Lectores – Galaxia Gutenberg, 1997 [1944].

—, *Juventud, egolatría*, “Obras Completas”, vol. XIII, dirigidas por José-Carlos Mainer, Barcelona, Círculo de Lectores – Galaxia Gutenberg, 1999 [1917].





- , “Las ideas de ayer y de hoy”, en *Rapsodias*, “Obras Completas”, vol. XIV, dirigidas por José-Carlos Mainer, Barcelona, Círculo de Lectores – Galaxia Gutenberg, 1999 [1933].
- Caro Baroja, Pío, *Itinerario sentimental: guía de Itzea*, Pamplona, Pamiela – Diario de Noticias, 2002 [1996].
- Delibes, Miguel, “Prólogo”, *Obra completa*, tomo I, Barcelona, Destino, 1964.
- , “El escritor y su espejo: Miguel Delibes”, *ABC*, 11 de noviembre de 1965.
- , “Don Pío o la sinceridad”, en VV. AA., *Encuentros con don Pío: homenaje a Baroja*, Madrid, Al-Barak Ediciones, 1972.
- , *El sentido del progreso desde mi obra*, Madrid, Real Academia Española, 1975.
- García Domínguez, Ramón, *Miguel Delibes de cerca: la biografía*, Barcelona, Destino, 2010.
- Gofi, Javier, *Cinco horas con Miguel Delibes*, Madrid, Anjana Ediciones, 1985.
- Hickey, Leo, *Cinco horas con Miguel Delibes: el hombre y el novelista*, Prólogo de Manuel Cerezales, Madrid, Editorial Prensa Española, 1968.
- Pla, Josep, “Calendario sin fechas: don Pío Baroja”, *Destino*, nº 282, 12 de diciembre de 1942.
- , *El que hem menjat*, “Obra Completa”, vol. XII, Barcelona, Destino, 1972 [la traducción al castellano es mía].
- , *Els pagesos*, “Obra Completa”, vol. VIII, Barcelona, Destino, 1975 [1968] [la traducción al castellano es mía].
- , *El cuaderno gris*, Traducción de Dionisio Ridruejo y Gloria de Ros, Barcelona, Destino, 1981 [1966].
- , *Diccionario Pla de literatura*, Edición y prólogo de Valentí Puig, Traducción de Jorge Rodríguez, Barcelona, Destino, 2011 [2001].
- Umbral, Francisco, *Miguel Delibes*, Madrid, EPESA, 1970.
- Vázquez Montalbán, Manuel, “El profeta de la dieta mediterránea en el supuesto caso de que exista la dieta mediterránea”, en Josep Pla, *Lo que hemos comido*, Barcelona, Destino, 2001 [1972].

